

EL MUNDO CÓMICO

DIRECTOR LITERARIO,
RICARDO SEPÚLVEDA.

SEMANARIO HUMORÍSTICO

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS)

DIRECTOR ARTÍSTICO,
JOSÉ LUIS PELLICER.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En MADRID: un mes, 4 rs.; número suelto, un real; En PROVINCIAS; un mes, 5 rs.; tres meses, 13 rs.; número suelto, un real 50 céntimos — PORTUGAL; tres meses, 16 rs. — FRANCIA, INGLATERRA ó ITALIA: tres meses, 20 rs. — ULTRAMAR: seis meses, 60 rs.; un año, 110. — Se suscribe en las

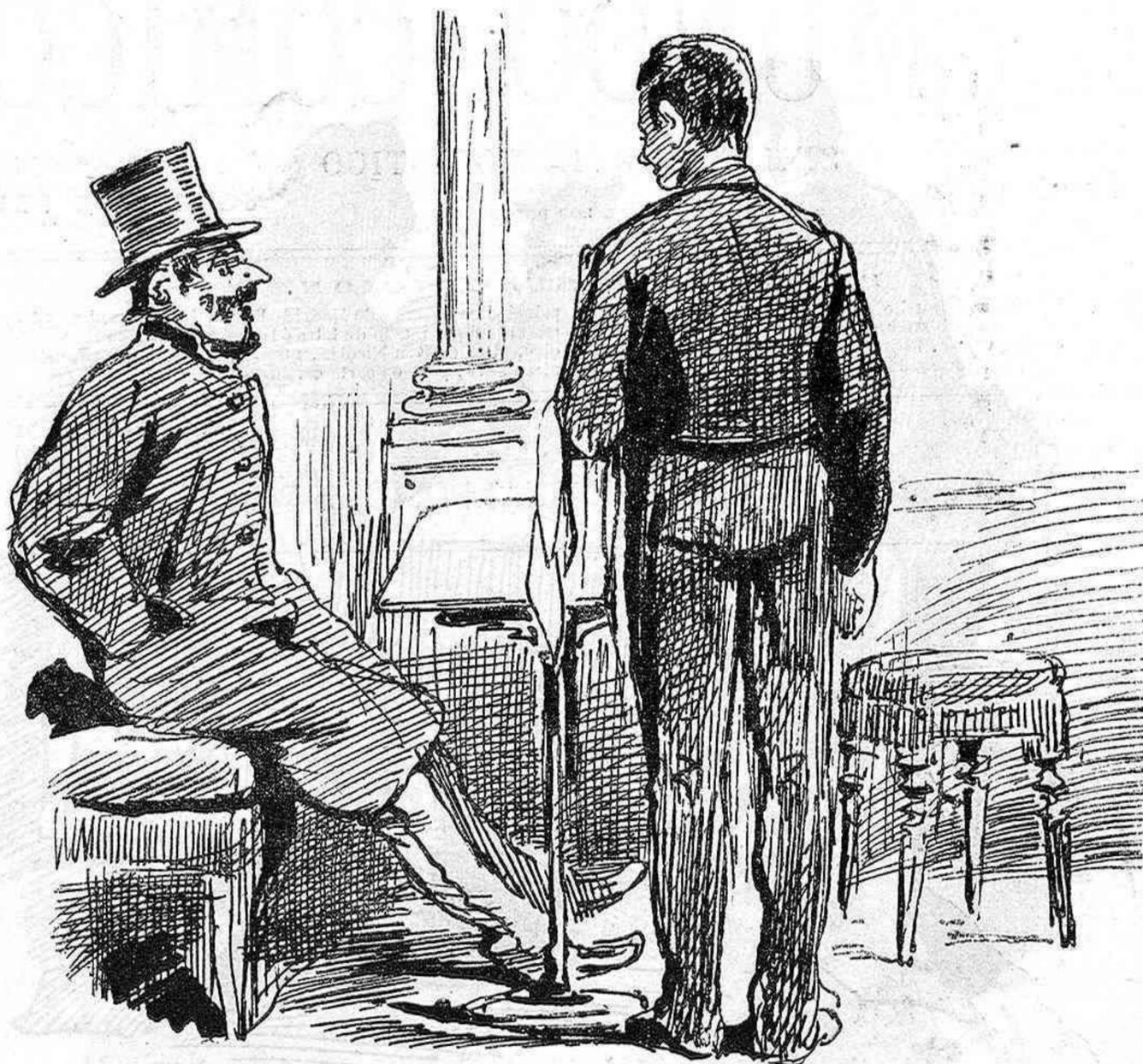
principales librerías de Madrid, Provincias, Extranjero y Ultramar, y directamente ó por medio de letra ó libranza en la Administración de este periódico, plaza de San Nicolás, núm. 8, segundo. Se admiten sellos de comunicaciones, pero en carta certificada.

EN EL CAFÉ DE SAN FERNANDO. — POR PELLICER.



¡Arsa!...

LOS OPULENTOS. — POR PELLICER.



—¿Café?

—Cocido quisiera... Pedro.

LAS ALBONDIGUILLAS.

Empiezo por confesar francamente que las he comido. Sí, señor; y si de alguna de las muchas faltas que he cometido en mi vida, me acuso con rubor y vergüenza, es de esa que considero como de las más graves.

Por eso, yo que tengo entre mis defectos el de ser un poquillo envidioso, no puedo menos de envidiar, de un modo que me pone calenturiento, á un amigo mio que se ha atrevido á decirme, y lo que es más depresivo para mí, á probar con número considerable de testigos, que no ha comido albondiguillas.

¡Dichoso él! Quién pudiera ir por esas calles, salir de Madrid, atravesar la frontera, y llegar al polo, gritando por todas partes, con la cabeza erguida y la mano derecha en la sisa del chaleco: ¡A ver, paso, yo no he comido albondiguillas!

Decididamente, mi amigo es un sér privilegiado.

Porque ¿quién se ha librado de ellas, de ese sarrampion del arte culinario? Ninguno.

Usted, usted mismo que me está leyendo, también es de los infortunados; se le conoce en la cara. Vamos, no lo niegue usted, eso á cualquiera le pasa;

no se ruborice, venga ese brazo y vamos por ahí cantando música alemana para disimular un poco; pero confíeselo usted francamente, usted también se ha llenado el cuerpo de albondiguillas.

Parece mentira, y cada vez que he salido á la calle, después de haberme alimentado con eso, me he sentido rebajado ante mi propia consideración.

Si alguna aristocrática dama se inclinaba ligeramente, en esos días, al pasar su berlina junto á mí, yo saludaba con torpeza, me ponía encendido como una amapola, y apenas me atrevía á quitarme el sombrero, creyendo que le llevaba lleno de albondiguillas y que iba á arrojarlas en medio de la calle.

Si iba al teatro, la butaca donde yo me sentaba me parecía un trono que yo profanaba descaradamente, y cada dos ó tres minutos me daban intenciones de salirme corriendo á la última galería, para ocultar allí mi vergüenza y mis albondiguillas.

Si frecuentaba alguna reunión de esas en que se leen versitos y aplauden después, jamás accedía á los deseos de los concurrentes, temeroso de que, al abrir la boca para echar al aire flores poéticas, me viesan ó me oliesen las albondiguillas.

¡Ay! no puede usted figurarse qué ratos tan malos me han dado esas prosáicas esferóides.

EN LA VICARÍA. — POR PEREA.



—Vengo á casarme por poderes con esta jóven. Diga usted, ¿hasta dónde alcanzan mis facultades?...

No recuerdo, y me alegro, cuándo, cómo, ni dónde las comí por la primera vez. Haciendo un esfuerzo de imaginación, se alza en mi mente la idea del colegio: el hambre, con su terrible lógica, me sedujo, y fui débil, me prostituí; quiero decir, que las comí y... me supieron bien.

Desde el colegio á la casa de huéspedes no hay más que un paso; desde la albondiguilla confeccionada, como ahora se dice, por un cocinero, hasta la *almondiguilla* hecha por la patrona, la albondiguilla contrabandista, encubridora y cómplice de todo despojo, todo desperdicio, toda putrefacción y toda miseria, hay una gran distancia.

Y sin embargo, yo la salvé, lo confieso, fui débil otra vez, tuve hambre, me las presentaron, adiviné su alma podrida y asquerosa, pero ¡las comí, y... también me supieron perfectamente, sí señor, deliciosas.

Cuando pienso en ello, no puedo menos de conocer que he progresado de un modo fabuloso.

Y la prueba es que hoy, cuando veo papeles colocados de cierta manera en los balcones, en cuanto adivino que paso ante una casa de huéspedes, aparto mi vista de ella con horror, y aprieto el paso, murmurando con lástima: ¡Infelices, ahí están, estarán comiendo albondiguillas!

Si yo me viera en la precisión de tener una casa de huéspedes, que todo podría ocurrir, y quiera Dios que no me ocurra nada peor, tengo el convencimiento de que la tendría siempre ocupada, sin más que anunciarla en los periódicos de esta manera: «Calle de Tal, número tantos. Huéspedes á 6 reales. No se dan albondiguillas ni se admiten diputados.»

Y créame usted, toda la sociedad de buen tono que no puede gastar más de 6 reales en su manutención, se precipitaria en mi casa, dando alaridos de triunfo al verse libre del yugo de la albondiguilla.

Porque es preciso confesarlo: allá en tiempos de Mari-Castaña, la albondiguilla debió figurar en el festin imperial y en la perfumada mesa de la cortesana.

Pero hoy, hoy la humanidad trabaja y lucha para emanciparse del guisote primero que le presentaron sus padres. El proletariado lucha por arrojar la judía por la ventana, como la clase media lucha por verse libre de la tiranía de la albondiguilla.

Créame usted, detrás de esas revoluciones que conmueven á los pueblos, no hay más que un plato de judías que inspira horror, y una fuente de albondiguillas que dá náuseas.

Y á propósito: yo leí hace dos años en *La Corres-*

EN LA CALLE. — POR PELLICER.



— ¡Uf! Cuando una es bonita, no puede salir sola... ¡qué fastidio!...

pondencia, que en una calle de Madrid había una casa donde se servían almuerzos y comidas con mucha equidad y mucho esmero.

Fui lleno de ilusiones, y en el corazón de una albondiguilla encontré, entre otras cosas que no nombro, un papelito doblado; lo desdoblé y leí: ¡leí lo mismo que había leído en *La Correspondencia*! En la calle de Tal, número tantos, se sirven almuerzos y comidas con mucha equidad y mucho esmero.

Y no me enterraron aquel día, porque nadie se muere hasta que Dios quiere.

Después de esto, me parece que comprenderán ustedes mi horror hacia las albondiguillas.

Constantino Gil.

MADRIGAL.

Son tus mejillas frescas y lozanas
 dos rosas purpurinas
 iguales en valer, pues son hermanas;
 y tienen por espinas,
 que sepan proteger su casta esencia,
 tu constante pudor y tu inocencia.
 Así, bella Dolores,
 una excepción produces con tu cara
 en materia de flores harto rara;
 pues, siendo entre las flores
 las pérfidas espinas tan odiosas,
 contra el orden reinante,
 son siempre en tu semblante
 más bellas las espinas que las rosas.

E. Frexas de Sabater.

SERVICIO DE GUARNICION. — POR CUBAS.



— ¡Anoche perdí hasta la última peseta!
 — ¡Y ayer por la tarde empuñé tu revólver y el mío!
 — ¡Pues ni aún el recurso de pegarme un tiro me queda!

Durante las últimas lluvias tuvo que comprar un compañero mío un paraguas, que era excelente, según le dijo el vendedor.

Pero resultó que todo se calaba, y este joven se mojó más con él que si no lo hubiera llevado.

Ayer fué á quejarse al vendedor.

— Hombre, me he puesto hecho una sopa, le dijo.
 — Es claro, le contestó el paraguista; el paraguas es muy bueno, pero como lo ha *dejado usted mojar*... ¿qué había de suceder...?



DETRAS DEL TELON. — POR MARTINEZ.



—¿Pero es aquel adefesio?

—¡Calla, chica, no llares adefesio á un hombre que tiene cuatro mil duros de renta!

FÁBULAS FILOSÓFICAS.

Tuvo don Juan Cebada
la vida más penosa y arrastrada;
sin un cuarto vivió, con una suegra,
pasando el infeliz la pena negra;
pero al fin le cayó la lotería
y murió de repente el mismo día.
*¿Qué importa tener buena ó mala suerte:
si acaban una y otra con la muerte?*

En el monte que llaman de Piedad
conquistó á don Remigio Trinidad,
y como se gustaron,
en casarse al momento se empeñaron,
y empeñados los dos hasta los ojos
están llenos de penas y de enojos.

*Si no es malo empeñar lo que se tiene,
empeñarse uno mismo no conviene.*

Dada está á los demonios doña Rufa
porque gusta á su esposo cierta bufa.
*Los bufos, oh lector, tenlo presente,
han hecho aquí bufar á mucha gente.*

En una discusion acalorada
Anton le dió á Perico una puñada,
y dándole por muerto,
cayó Perico y levantóse tuerto.
—Conozco por mi mal, dijo mohino,
que es absurdo supino
lo que dijo, no sé si un andaluz,
que de la discusion nace la luz.

Leyendo un manifiesto
le dió un calambre atroz á don Ernesto.
*De las cosas politicas, lector,
espera siempre todo lo peor.*

En prueba de amorosa simpatía
una navaja regaló á su majo
cierta salada maja,
y riendo los dos, el majo un día
á la maja rajó de arriba abajo
con la misma navaja.

*Armas no des á nadie, porque así
lograrás no las vuelva contra tí.*

Cárls Frontaura.

DETRÁS DEL TELÓN. — POR MARTINEZ.



—Te advierto que estoy muy mal de guantes.
—Pues que echen uno entre tus apasionados y lo repartiremos.

VAPULEO.

A nadie le gusta recibir un golpe.

Y sin embargo, cada *quisque* tiene sus cuatro deditos y medio de afición a una clase de golpes determinada.

Ahora lo verán ustedes. ¡Mucho ojo!

—(Una señora muy escotada, muy empolvada, muy *empedrada*, quiero decir, que lleva piedras).—Estoy por los golpes de efecto.

—(Mi novia pidiéndome... boda).—Lo mismo digo.

—(Un escritor de costumbres contemplando la sociedad tal cual es).—¡Qué golpe de vista!

—(Una rubia abrasando con sus miradas).—¿Pues y los míos?

—(Un francés (a) africano. Sabido es que el África empieza en los Pirineos).—¡Ah, un *coup de force*, un *coup de main*, un *coup de pied*, un *coup de pistolet*.—*Beau coup de coups!*...

—(Un holgazán).—Sólo me gustan los golpes en vago.

—(Un preceptor sacudiendo a un chiquillo con las disciplinas).—Estos son golpes maestros.

—(Un santurrón).—No hay como los golpes de pecho.

—(Yo).—Concluyo este vapuleo para no dar a mis lectores el golpe de gracia.

S.

IN VARIETATE UNITAS.

Entre lunar y luminar hallaba diferencias enormes un doctor; miró tu rostro, contempló los cielos y en mar de confusiones se abismó. —¡Oscuro el uno, refulgente el otro... blanca su cara, el firmamento azul... y el mismo efecto de belleza causa la sombra exigua que la inmensa luz!... ¡Ah! si el doctor ignora la existencia de esa ley invariable de unidad que la infinita creación abarca, lucido, fresco y enterado está.

F. Moja y Bolívar.

Un dómine de una aldea preguntaba á un muchacho en una mañana horriblemente fría:

—¿Cuál es la palabra latina *frio*?

—Espere usted, contestó el discípulo; la tengo en la punta de los dedos.

LA CAZA DE PULGAS.

SONETO.

Sin saber que me hallaba yo en acecho,
cierta noche á la luz de una candela,
cazaba pulgas la sin par Leonela
por los nevados campos de su pecho.

Desastrosa matanza habia hecho,
ya por riscos de carne, ya de tela,
cuando otra maldecida bestezuela
clavó su dardo con furor deshecho.

Desabrochó Leonela el blanco lino
queriendo castigar su alevosía,
y descubrió su seno peregrino:

Y al ver las maravillas que veia
grité, me oyó Leonela, y de camino
chilló tambien, matando la bugía.

Julio Monreal.

Á UNA TUERTA.

Si con solo un ojo miras
y es de fuego tu mirada,
qué fuera si con dos ojos,
como manda Dios, miraras.

Sin duda la Providencia,
que es de los hombres la guarda,
te saltó un ojo de niña
temiendo que dos mataran.

Los rayos que arroja el único
que resplandece en tu cara,
abrasan más corazones
que muchos pares abrasan.

Él habla con la elocuencia
de un ojo solo que habla,
órgano, sin compañero,
del lenguaje de tu alma.

Las pasiones que en tu pecho
encienden vívida llama,
ponen en él atractivos,
á su balcon asomadas.

Con un ojo solo miras,
pero tu ojo dispara
dardos que llevan, al pecho
en que se clavan, las ansias.

Para colmo de fortuna
quien se case, si te casas,
contigo podrá zafarse
á medias de tus miradas.

Así, si celosa fueras,
como son las de tu casta,
de tu nariz á la sombra
será muy fácil pegártela.

José Puig Perez.

MOVIMIENTO LITERARIO.

Hemos recibido un ejemplar de la segunda edicion del precioso libro titulado *Alegorias*, escritas por Federico Moja y Bolívar.

El nombre de este ingenioso y elegante escritor, basta para justificar el excelente éxito obtenido por esta amena obra.

Tambien hemos recibido el magnífico *Almanaque de la Ilustracion*, compuesto y arreglado por D. Carlos Frontaura, impreso en excelente papel, lleno de preciosas láminas, y conteniendo escritos de los más notables publicistas, un curioso calendario de las ciencias, las letras y las artes, y una tanda de walses.

Nunca se ha publicado un *Almanaque* tan lujoso, que se dá de regalo á los que se suscriban á *El Cascabel* por un año.

EL MUNDO CÓMICO se ocupará en breves líneas (si lo merece) de toda obra de la que se remita un ejemplar al Director literario (San Marcos, 3, principal), ó á la Administracion.

Solucion á la charada del número anterior.

Calamidades.

ADVERTENCIA.

Desde este número cesa en la direccion literaria de EL MUNDO CÓMICO nuestro querido amigo D. Arturo Cotarelo, quedando encargado de ella el conocido escritor festivo D. Ricardo Sepúlveda.

ANUNCIO.

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION.

AÑO I. — 1874.

Artículos y poesías de la Sra. Avellaneda, y los señores Ariza, Arnao, Aparisi y Guijarro, Breton de los Herreros, Barrera, Bremon, Campoamor, Cañete, Castelar, Cánovas del Castillo, Conde de San Luis, Cortina, Cueto, Flores, Fernán Caballero, Ferrer del Rio, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Florentino Sanz, Flora, Frontaura, Guerrero, Hartzenbusch, Lucrecio, Landaluce, Monlau, Marqués de Molins, Necedal, Ochoa, Perez de Liébana, Príncipe, Rodriguez Rubí, Rios Rosas, Silvela, Sepúlveda, Trueba y otros.

CONTIENE ADEMÁS:

Santoral; Juicio del Año; Revista de 1873; Calendario de las ciencias, las letras y las artes; Retratos; Insurreccion federal; Acciones de guerra; Música; Grabados de los principales artistas.

Una peseta en Madrid; una peseta 50 céntimos en Provincias.

Se regala á los suscritores de *El Cascabel*.

Administracion de *El Cascabel*, Plaza de Matute, núm. 2, Madrid.

MADRID. — IMPRENTA DE T. FORTANET.

Calle de la Libertad, núm. 29.